

LA CIUDAD PRECARIA; CRISIS DE LA CIVILIZACIÓN¹

Esta aglomeración urbana no es una ciudad

Pedro Martínez Toro²

Palabras claves: Espacio público, Geografía urbana, Ordenamiento territorial y Arte público – urbano.



«Del número de ciudades imaginables hay que excluir aquellas en las cuales se suman elementos sin un hilo que los conecte, sin una norma interna, una perspectiva, un discurso..... También las ciudades creen que son obra de la mente o del azar, pero ni la una ni el otro bastan para mantener en pie sus muros. De una ciudad no disfrutas las siete o setenta y siete maravillas, sino la respuesta que da a una pregunta tuya»³

Apreciaciones iniciales: arte urbano en la ciudad precaria

Esta es la presentación de una tesis sobre la precariedad de la ciudad de Cali tanto en lo físico – espacial como en general en su cultura (en el plano de lo urbano, lo social y lo político). Una ciudad física que se deteriora a pasos agigantados y que no es más que la expresión de una serie de crisis en las esferas políticas y cívicas, pero que también se constituye ese deterioro físico y de la cultura ciudadana en la génesis de nuevas y más hondas crisis.

Una ciudad que pierde capacidad para civilizar y que al contrario siente «pasos de animal grande» en un claro proceso de precarización de la vida ciudadana. Si entendemos el florecimiento del arte público o urbano como una forma cualificada de hacer ciudad y ciudadanía, debemos entender como en la precariedad de esta aglomeración urbana es complicado hablar de arte urbano.

El arte urbano para construir a la ciudad como un teatro de la memoria. Desde la ciudad del renacimiento en adelante, los arquitectos se han encargado de la creación de los llamados «Teatros de la Memoria» en las ciudades europeas. El objetivo era y es el de crear en la ciudad un discurso capaz de conectar significativamente puntos, trazados, monumentos para construir una realidad ajustada a una imagen determinada.

El esfuerzo de reconstruir en el interior de la ciudad un «texto» capaz de narrar o recopilar de forma unitaria la historia, ha sido una búsqueda desde el siglo XV hasta hoy. El arte instrumentalizado –dentro de un proyecto de ciudad- para lograr una mejor ciudad y ciudadanos, trabajando en la creación de memoria, cultura, identidad, referencia y singularidad. (Los Médicis en Florencia, Carlos III en Madrid o el varón Hausman o el presidente Miterrand en París, son buenos ejemplos)

Digámoslo de una vez y a grosso modo; a) La ciudad no es una obra de arte cualquiera. Habría que asumir un sentido laxo de la noción de arte, en donde la ciudad se aceptaría como obra de arte colectiva y en permanente proceso; anónima la más de las veces e inacabada, da dos pasos adelante y uno atrás. Estaría próxima a ser un performance; una instalación. b) El arte urbano tiene su especificidad en sus 1.fines: (instrumentalizado para ser referencia colectiva, embellecer el paisaje, para articular recorridos o fijar la memoria), 2. sus características formales: (la monumentalidad, la espacialidad) e incluso 3. en sus contenidos (son utilizados generalmente para reforzar la solidaridad, la cooperación, o para enaltecer héroes, escritores y demás personajes y hechos dignos del reconocimiento colectivo)

En Cali se nota que es una operación de colocar objetos artísticos –muy pocos por cierto- o de utilidad estética y simbólica en el espacio urbano, allí en lugares residuales, en zonas verdes sin ningún principio ordenador y sin ninguna propuesta espacial. Una operación de maquillaje que pocas veces configura lugares o genera enriquecimiento del espacio público. La ciudad como artefacto no es más que lo que sus ciudadanos – incluido el gobierno de la ciudad- hagan de esta. El artefacto es un constructo social que expresa la política y la cultura de quienes lo habitan y quienes lo hacen cotidianamente con sus actos, por ello la ciudad es tanto artefacto como cultura, entendida como el conjunto de comportamientos y relaciones sociales de sus individuos. De nada sirve el monumento, la expresión artística pública, si no aumenta las posibilidades del goce y la plenitud de ser ciudadano, si no enriquece al artefacto y si no genera mejores condiciones para que la ciudad cumpla con su primordial papel de civilizar y propiciar mayor goce por habitar la ciudad. De poco sirve el «Gato de Tejada» si no hay andén, ni paso cebra para llegar a él o si debajo del puente que cruza el Río Cali viven tres indigentes y se acumulan basuras y fuertes olores.



1. Introducción

Podría empezar diciendo a manera de subtítulo que esta es la ciudad que tuvo una cárcel en un andén de su centro urbano, aquí a la vuelta de este recinto⁴; Técnicamente un gallinero sobre el andén con detenidos hacinados allí, a la vista de todo el mundo que transitaba por la avenida Colombia, como si esto fuera poco, realizaban sus necesidades fisiológicas en la margen derecha del Río Cali acompañados por un guardia, planteado esto podría declararme impedido para continuar haciendo cualquier otro

análisis sobre espacio público y menos sobre arte en el espacio público.

Pero voy a seguir adelante con este análisis, permítanme continuar con otros subtítulos a manera de epítetos sobre la ciudad precaria, la «Protópolis» como la bautizara ya el profesor Jacques Aprile⁵. La ciudad que cambió la sencilla memoria de una esquina y la dimensión humana de una calle y un alero por nudos viales como el de la calle 5 con carrera 10 desvirtuando el hito de la fuente que evocaba la «Pila del Crespo» y acabando de sitiar el centro urbano por sus cuatro esquinas y segregando mucho más la posibilidad de continuidad en el San Antonio de las brisas, las cometas y la iglesia tutelar. La ciudad donde cuyo alcalde necesita tantos guardaespaldas, chalecos y autos blindados que casi es mejor que no se mueva; la ciudad que tiene un museo de arte contemporáneo que a diferencia de todo el mundo no abre los domingos, y al que se le ha hecho por parte del arquitecto de la ciudad (Manolo Lago) una nueva ampliación que le impone una «culata» al peatón y agrava el problema del aparcamiento de los vehículos de visitantes, la misma ciudad que restaura unas bodegas del Ferrocarril del Pacífico para reubicar vendedores ambulantes –estacionarios- y termino siendo cárcel; la ciudad que saco de la chistera un «metro» que se esfumo y se convirtió en buses articulados, transmilenio o en reparcheo de la malla vial; la misma ciudad que se planteo en su POT⁶ como «todera»; eco turística, industrial, de servicios y con base exportadora sin apostarle a nada en concreto y sin construir un proyecto coherente de ciudad; la ciudad que derribo el Hotel Alférez Real y se quedó con el «huequito más caro» sin saber o poder hacer nada más que un lugar de paso y ahora último esconder en un rincón unas esculturas de poetas a los que ya se les amputaron dedos y bastones y a los que la basura y la hierba terminará por borrar, a un lado está la Ermita a la que se le ha pegado un pastiche en un intento por abrirse al espacio posterior, logrando solo una aberración tipológica que además es un rincón para escombros y basuras.

La ciudad que ha construido un nuevo cerro tutelar de basura al sur oriente con 40 metros de altura, que sigue creciendo a razón de 1500 toneladas diarias y que ha estado a punto de ocasionar una emergencia, al derrumbarse unas 180 000 toneladas de desechos sólidos sobre el canal de aguas negras (Canal CVC) y represarlo durante 24 horas –menos mal no llovió- amenazando con inundaciones que devolverían por los sifones de las casas las aguas servidas, la misma ciudad que en una operación sistemática ha disimulado sus ríos, escondiéndolos bajo puentes y autopistas o trans-



formándolos en caños de aguas negras y la que simula que las alcantarillas son ríos; canales a cielo abierto. La ciudad que tiene un río cloaca al que conduce sus aguas servidas para luego unos kilómetros más al norte tomarlo para el consumo doméstico, la ciudad que todavía vive de una lejana herencia que hablaba de la ciudad cívica y emprendedora que realizó unos Juegos Panamericanos y que la doto de

equipamientos e infraestructuras y que perfiló un modelo de ciudad que nunca más se volvió a revisar y actualizar. Una ciudad donde es posible ver vacas pastando sobre la calle 5 o la «pasoancho» al sur de la ciudad, donde hablar de «lotes de engorde» es más que un eufemismo, una ciudad que sigue pintando en la cartografía oficial sus cerros tutelares de verde y no asume el proceso de invasión y «urbanización subnormal»⁷ de que están siendo objeto por los nuevos inmigrantes desplazados de la región para los cuales no tiene respuesta y a los que terminará asimilando a muy altos costos sociales y económicos mucho tiempo después, como ha pasado con gran parte de la ciudad, ahí están como perlas Siloé y Aguablanca. Una ciudad donde los comerciantes organizados y en cabeza de su presidenta (Doña Rosa Jaluf) se rasgan las vestiduras cuando alguien plantea la posibilidad de sacar el vehículo privado del centro o peatonalizar alguna de sus vías. Una ciudad que localiza generalmente sus pocas esculturas y monumentos en espacios residuales al trazado vial y de cualquier manera; la que permite que una zona verde cualquiera se pueda construir una iglesia, un CAI o un CALI. Una ciudad que permite la consolidación de la idea de que hay ciudadanos de primera y segunda categoría a través de la segregación socio – espacial; los unos al sur con buenas brisas, zonas verdes, dotaciones en salud, educación, infraestructuras y los otros al oriente, recostados contra el Río «Cloaca» Cauca, con pésimas dotaciones públicas donde una «bomba social» esta en proceso y donde la respuesta es el toque de queda. Una ciudad adolescente que le pone hora de fin a la recreación nocturna dizque para reducir la inseguridad y la accidentalidad en la ciudad, como si sus ciudadanos fuesen a cambiar sus requerimientos sociales por una medida policiva y como si no fueran a encontrar respuestas en su entorno metropolitano, y aparezcan ahora las discotecas y after party de Acopi, Juanchito y demás vías de la subregión, trasladando los accidentes a las estadísticas de los municipios vecinos. La ciudad que aún no asume con todas sus consecuencias y coherencia su papel de polo regional del sur occidente colombiano y su participación en un entorno metropolitano, desaprovechando oportunidades y generando nuevos conflictos. La ciudad que intenta ahora –de buena fe, pero inútilmente- refundarse con piropos.

2. Una patria artificial

Ya dejo escrito Georges Chabot⁸ que «Más aún que toda definición estadística o administrativa, más que toda clasificación profesional, en todo país existe ciudad cuando los hombres de este país tienen la impresión de estar en una ciudad». De un país a otro, de una cultura a otra, la noción de ciudad y su caracterización varía profundamente desde la definición de los criterios hasta las cantidades y calidades de esos criterios; el número de habitantes, las densidades poblacionales y edificatorias, la ocupación profesional de sus habitantes, la cobertura de servicios públicos, pero siempre se concibió que existía una ciudad en el lugar donde creció un espíritu ciudadano; un fenómeno artificial, cultural y político por excelencia donde cada civilización y época se expresó de las más altas maneras.

Desde muy temprano, cuando el hombre construye su habitación, no se limita a guarecerse de la naturaleza; está estableciendo una nueva relación con la naturaleza, con los otros seres vivos y con el espacio. La ciudad antigua en la ya clásica formulación de Fustel de Coulanges, ejercía <<Un poder absoluto en nombre de su carácter sagrado y de la religión inherente a ella>>, el viejo ritual de fundación de la ciudad y la severidad con que se marca su espacio no hacen más que subrayar la propia diferenciación que la ciudad supone. La ciudad es un espacio reservado, sagrado. Solo sus ciudadanos pueden y deben participar plenamente en sus creencias, en sus celebraciones o en su defensa.

Se funda un lugar con los huesos de los parientes muertos para que echen raíces y den sentido a los que viven; «Terra Patrum», el lugar sagrado de la estirpe, donde están enterrados nuestros muertos, una patria colectiva para todos sus vecinos que son además sus hijos. Se planta una ciudad desde la cosmogonía de un pueblo para que haya un norte y un sur, para ponerse de frente y crecer mientras se espera. No se edifica una ciudad para huir, desvanecerse o mimetizarse. Se ponen las primeras piedras del ágora y el zoco para contrastarse frente a la naturaleza; para concretar una idea distinta de orden y de relaciones ecológicas. En, fin, un lugar alejado del peligro del tigre y la serpiente; un espacio para encontrarnos todos juntos y hablar.

La ciudad es un esfuerzo ¿Acaso han oído alguna vez sobre el fenómeno de generación espontánea de una ciudad o de alguna aldea, producto de una fuerte lluvia cayendo sobre una tierra propicia con vientos favorables durante nueve lunas llenas? Toda ciudad de la clase, magnitud, o de la complejidad que sea, ha sido producto del esfuerzo humano colectivo consciente o inconscientemente, espontánea o planificadamente; un producto de la cultura. La expresión de la decisión de habitar, de aferrarse a una tierra, de terminar de construir un lugar -acaso de continuar la inconclusa obra de su Dios -, o de anticipar en la tierra la Jerusalén celestial.

Ah, pero en cambio como se deslíe una ciudad con días de abandono y como crecen las hierbas entre las juntas de los adoquines y el concreto de la acera; como un aguacero parece intentar borrar con sus ríos bermejos e inesperados, todas las señas indicadoras de cultura; el paso de cebra, la altura de la acera, él pare o el no gire a la izquierda. Cuanto cuesta erigirla y como se puede deshacer rápidamente, sobretodo si está en estas latitudes.

Es única la ciudad; singular, irrepetible -ni aunque se tirara y se volviera construir en el mismo sitio y con los mismos planos-, y sin embargo, todas las ciudades son iguales; Una acumulación de fatigas; una construcción colectiva; un testigo que va de generación en generación; Un claro abierto en la selva; un oasis en medio del desierto; una isla y un puerto en medio del mar; una meseta entre las cordilleras agrestes; un comercio y un hostel en un cruce de caminos. Claro, también una informe mancha de luz y asfalto que se extiende en la llanura subsumiendo todo lo que halla a su paso.

Nunca hablamos de una y la misma ciudad, aunque tengan el mismo nombre, una ciudad no es dos veces la misma en la percepción de dos personas. La ciudad esta

hecha de tiempo; tiene un pasado que permanece en los hilos del presente y en los proyectos del futuro. Cambia, se modifica, se transforma, pero extrañamente permanece; es distinta y siempre la misma. Nunca está acabada una ciudad, siempre esta en proyecto, siempre en obras; Madrid o Cali. ¿Acaso creemos que Cali se mantendrá en pie, si quienes la habitamos no decidimos y hacemos todo lo posible para que esto sea una permanente preocupación? Cuando digo - quiénes la habitamos- me refiero a todos los que creemos que nuestro corazón halló aquí un espacio que le es propio, seamos ricos o pobres, hallamos nacido aquí o no; digo todos y no solo sus gobernantes, que en esta democracia representativa, o no han sabido interpretar a su gente o la gente ha elegido desgraciadamente lo que se merece. Por ser derecho, pero aún más, deber de cada ciudadano hacer ciudad, urbanizar su corazón y velar por su mantenimiento con su presencia activa, en gran medida está en manos de los ciudadanos el presente y futuro de esta ciudad.

La ciudad como continente y contenido se transforma hoy; se transforma físicamente, como estructura funcional y respuesta cultural. Producto de los desarrollos contemporáneos en telecomunicaciones, en infraestructuras, en medios de transporte, en las actividades productivas y en la estructuración del sistema urbano regional. Hay fuertes tendencias hacia la dispersión de la ciudad, hacia la pérdida del centro como elemento organizador de la estructura y las relaciones urbanas, a favor de la fragmentación, la suburbanización y el crecimiento de las periferias; la ciudad fuera de sí. A esta ciudad se le está llamando en Europa y Norteamérica como «Ciudad postmoderna», una respuesta de cierta cultura urbana a demandas contemporáneas de la sociedad, que transforma la relación con el territorio, que genera nuevos paisajes urbanos; allí en la ciudad clásica donde era necesario el monumento, la plaza, el hito y la memoria colectiva, las metrópolis de nuestros días –de las cuales Cali es remedo- se definen como «periferias en busca de ciudad», regiones urbanas o ciudades dispersas que se nutren de nuevos habitantes; los «urbanitas de la pradera», urbanitas dependientes del automóvil privado para quienes la ciudad es básicamente un trayecto en medio de las funciones cotidianas, urbanitas que encuentran el arte, el monumento, el hito, la nueva plaza en el «shopping mall» o en el parque temático.

Es cierta también otra tendencia opuesta y de iniciativa pública que se plantea sobre todo en las ciudades europeas como es la apuesta por la «ciudad compacta» y por la refundación de los centros urbanos donde sobresale la estrategia de construir nuevos hitos con la llamada «arquitectura de prestigio» obra de los «arquitectos superstar» (Ghery, Foster, Calatrava, Moneo, Pei, Koolhaas, etc.) en operaciones de renovación urbana o reconversión industrial, en un intento por mantener la cohesión social y espacial y con ello la sostenibilidad de la sociedad y la ciudad. Ejemplos paradigmáticos de estas operaciones son hoy Bilbao, Barcelona, Berlín, Valencia, París o Génova.

3. Ciudad y ciudadanía

«Polis» y «Civitas», la ciudad greco-latina es política por excelencia; es el ágora, la calle, el foro, el teatro. La ciudad era salir a la calle a mirar y ser vistos por los otros ciudadanos, encontrarse, aceptar que las libertades de cada uno terminan donde empiezan las del otro, era el contrato social entre sujetos iguales y libres y era sobretodo el esfuerzo colectivo para que ese lugar que habían elegido para vivir, garantizara unos mínimos necesarios para mantener el espíritu de libertad al mismo tiempo que se mejoraran las calidades y expectativas de vida de sus ciudadanos. La ciudad era prolongación de la casa, del hogar; era el hogar colectivo, de la familia ciudadana a quienes los lazos políticos y culturales hermanan, además del interés común por la persistencia y el éxito de la ciudad. Desde esa herencia, la ciudad no es solamente una construcción física sino principalmente un hecho socio – político.

La ciudadanía como la civilización no es algo dado para siempre, se construye todos los días, y todos los días hay que ejercerla en los comportamientos, en la atención de los deberes y los derechos que esto implica. La ciudadanía hay que merecerla, pero también la ciudad debe brindar instrumentos para que esta se realice. La ciudad no es algo que simplemente está ahí; nosotros mismos hemos devenido en ciudadanos, incluso, somos nosotros en nuestra práctica de relacionarnos con los otros quienes vamos construyendo la ciudadanía.

Las carencias crónicas de la ciudad expresan la precariedad de la sociedad. Primero se desmoronan las instituciones y la sociedad y luego se cae a pedazos el edificio o es derribado para erigir una mole pseudo moderna, le crece la hierva a la plaza, se borra el paso cebra donde había, el vehículo y el peatón cruzan la vía con el semáforo en rojo, se cae el andén o es tomado como parqueadero, al lote vacío le crece la maleza y la basura, desaparece el alero, pues hace tiempo nadie pasó por aquí y nadie exigió su necesidad. Primero se fueron los alcaldes, gobernadores, a la cárcel o los politiqueros y algunas élites dieron un «sí» susurrado al narco o al terrateniente que pedía que le corrieran el perímetro un poquito para que cupiera su finquita, luego se vino abajo poco a poco la moral colectiva, el viejo mito del liderazgo regional, así se sucedió un alcalde detrás de otro sin ningún proyecto de estado, solo pequeños y mezquinos proyectos de gobierno, de partidos o de individuos preocupados de cómo iban a pagar la próxima nómina de funcionamiento o del número de guardaespaldas o carros blindados que necesitaban .

Las Colombianas son ciudades que han vivido un proceso de urbanización de forma acelerada y reciente, digamos desde la segunda mitad del siglo XX, generado por desplazamientos producto de la violencia política, fenómeno que se mantiene hoy por el enfrentamiento armado en escalada que vive el país, por los desequilibrios regionales en donde las cuatro metrópolis de rango nacional han concentrado el embrionario desarrollo industrial y el poco empleo, creando las expectativas en los campesinos pauperizados que no encuentran en las zonas rurales condiciones para su desarrollo productivo y social. Nuestras ciudades –Cali es elocuente⁹- han recibido día a día

campesinos venidos del resto del país rural; campesinos que han llegado buscando solución a sus problemas básicos de vivienda, salud, educación o seguridad para sus vidas y no han encontrado respuesta o esta ha llegado tarde y deficiente. Han terminado engrosando los cinturones de miseria de esta ciudad y buscando su alimento en el desempeño de actividades de la llamada economía «sumergida», son en su mayoría los vendedores ambulantes, los que venden tinto en las calles, los que recogen papel, los que embolan zapatos en la plaza, o los niños que inhalan «pegante», venden dulces en los buses o limpian parabrisas en los semáforos. La ciudad no les ha dado una respuesta, no ha podido, no ha sabido, no ha querido. La ciudad ha sido incapaz de asimilarlos a la vida urbana; civilizarlos (en un sentido no peyorativo y si en el sentido pedagógico de que la ciudadanía se aprende y se propicia) y si esto fuera poco, ha terminado asimilando una cierta cultura agro-urbana, se multiplican los signos de que este conglomerado que algunos llaman ciudad, se ruraliza, involuciona. Ciudades violentas; en un país donde el año 2000 tuvo 7600 muertos en accidentes de tráfico urbano y 3500 muertos directos por el conflicto armado¹⁰ circunstancia que nos pone a pensar que habría que ponerle más atención a las ciudades y al debilitamiento del contrato social que debería expresar la ciudadanía.

La ciudad no tuvo una papelería, donde el individuo aprendió a que el suelo es un buen basurero; no tuvo un puente peatonal, ni un paso cebra, ni un semáforo allí donde un individuo se jugó la vida y reconoció que la calle era arriesgada; no tuvo un alero allí donde la gente corre buscando un árbol cuando llueve; no tuvo un andén allí donde el bus atropelló a un peatón; no tuvo la ciudad una plaza segura y limpia con bancas y flores para ver pasar un río limpio allí donde la gente atraviesa rápidamente la plaza inhóspita de camino a casa y no se detiene a contemplar, esperar o hablar a nadie.

Esta aglomeración urbana no es una ciudad. El espacio público –su cantidad y calidad- es consustancial a la construcción de ciudad y ciudadanía. El espacio público garantiza la concreción del acuerdo social que es la ciudad. Si no hay espacio público o si este es precario, deficitario y poco cualificado, es síntoma de que algo está enfermo; la civilidad. La ciudad como hecho político y escenario colectivo es la extensión del pacto democrático, del estado de derecho y del proyecto civilizatorio. De aquí deviene la ciudadanía, en merecer estar en la ciudad con los otros, en medio de la diferencia e iguales, libres y responsables.

4. La ciudad sitiada por dentro y por fuera; la selva

Por dentro: la ausencia de andenes, de equipamiento público, del alero, de los hitos de referencia, el privilegio del automóvil, la autopista que separa y anula barrios, que arrincona al peatón, calles, plazas, los puentes que rompen tejidos sociales y los recuerdos el miedo a sacar el automóvil del centro, a caminar la calle, el ruido, la contaminación, la congestión.

La reflexión académica que eludió y elude afrontar los temas de la ciudad, toda la ciudad y no solo la de las postales. «Aguablanca no es tema de reflexión para arquitectos o urbanistas, es un problema político», insistía un profesor nuestro en la Facultad de arquitectura, una Facultad –dicho sea de paso- que gradúa arquitectos desde hace 50 años y no ha sido factor para hacer una mejor ciudad, porque normalmente se preocupó ritualmente por el diseño del lote y se olvidó del territorio y de la ciudad.

Por dentro, una ciudad que con un promedio de 20 muertos cada fin de semana es la muestra estadística de una ciudad en guerra. Una ciudad con sus Empresas Municipales a punto de la liquidación o con el índice de mayor porcentaje de emigración hacia el exterior entre las grandes capitales del país.

Por fuera: Una ciudad que cada vez cuenta menos en las visitas al país de los artistas y espectáculos que visitan Colombia y cada vez más enclaustrada y cercada por grupos armados contradictores del estado o por la delincuencia común.

La misa y el sancocho del domingo de algunos ciudadanos son secuestrados. La Iglesia la María y el «Kilómetro 18». El peligro de los «cuatrerros» acechando en las «goteras de la ciudad» y en las vías que la conectan con la región. El miedo al secuestro genera el abandono de las fincas y casas de recreo e incluso crea inseguridad en los habitantes de los suburbios caleños en la Buitrera o Pance. Los niños se han convertido tristemente en objetivo de la delincuencia organizada; ya son sacados del colegio o bajados de los buses que los conducen a ellos en las periferias metropolitanas. El acceso a los cerros tutelares de Cristo Rey o las Tres Cruces se ha convertido en arriesgado. Existe una evidente sensación colectiva de que esta es la ciudad en la que sobrevivimos.

La selva es el lugar donde se lucha todos los días por la sobrevivencia, es normalmente y de forma genérica un campo de batalla, la lucha por alimento, por la hembra o por el territorio; el escenario del instinto, el egoísmo, la mezquindad, la ley del más fuerte, la ausencia del derecho, el reino del grito y el espaviento. Hace muchos días, años, se viene deconstruyendo esta ciudad y asume algunas formas de la selva, la antítesis de sí misma.

Un proceso de desgaste sistemático en diferentes planos; en lo físico con el deterioro y falta de mantenimiento de edificios, calles, plazas, zonas verdes, dotaciones del espacio público. Entonces creció el basurero en la calle, la esquina con su olor a orines, la hierva entre los adoquines. Pero también venía creciendo una actitud del ciudadano de construir sobre el antejardín, de aparcarse el automóvil sobre el andén, de «ponerle la mano» al bus en cualquier lugar.



Nos acostumbramos tanto a la falta de creatividad, a la ausencia de belleza, al miedo a salir a la calle, a la carencia de motivos y lugares de encuentro, al irrespeto de nuestros derechos, a la precariedad de un proyecto colectivo de ciudad, de territorio, de sociedad, al autoritarismo, a las frutas y los aguacates en carretilla bajo el sol, a la carreta recicladota en la vía, a las antenas parabólicas en edificios y ocultando los monumentos de Cristo Rey o las Tres Cruces, a la avena en la plaza, a la corrupción, al debilitamiento de la democracia, a los sicarios y los secuestradores, a la corrupción, la congestión o las bombas terroristas que se creyó que era normal o que había que aceptarlo como el sino y decidimos consiente o inconscientemente que ya que no podíamos irnos de aquí para vivir plenamente en Madrid o Miami, entonces se debía sobrevivir, manejar un bajo perfil y refugiarse en el conjunto cerrado al sur, con guardias armados, setos tupidos y rejas altas, con el centro comercial al lado, con el cajero electrónico, el cine, el restaurante, las tiendas y en el automóvil burbuja atravesando raudo el trayecto entre casa y trabajo. La ciudad –se ha consumado- es peligrosa, fea, ruidosa, inaccesible y cada vez más vacía de significado.

Nos acostumbramos a los conductores de autobuses –criminales en potencia- que creen que están en la fórmula uno, que recogen o dejan pasajeros donde les da la gana o se suben por el separador vial. Nos acostumbramos a la ausencia de andén o su deficiencia, a las ruinosas guitarras en los buses interpretando rancheras que evocan la vida en el campo, a la ausencia de papeleras de bancas o lámparas, a los automóviles en el andén, a la corruptela politiquera, a la grosería de una cierta estética narco, a la especulación que tumba una casa o edificio del patrimonio para erigir una mole descontextualizada y autista o simplemente un parqueadero. Tan acostumbrados estamos que se nos ha hecho normal.

Se ha consumado un generalizado desprestigio social y cultural del centro urbano, de todo lo público sea la administración o el espacio. No hay remedio, estamos rendidos, nos vamos de aquí. Cuanto hace que no veníamos al centro, cuanto hace que no nos detenemos a contemplar una tarde en el Paseo Bolívar o el Parque Caicedo? A cambio, se consolida el prestigio del «centro comercial» de gran superficie y el conjunto residencial cerrado, prestigios que ejemplifican y ahondan en la precariedad; la ciudad refundada ahora como aglomeración de edificios y trayectos; ni urbana, ni ciudad en cuanto se demuele el sentido más profundo de la ciudad en dos sentidos: uno como espacio público continuo y dos en lo cultural, con la eliminación al mínimo del contacto con los otros.

5. La ciudad como proyecto

Esta ciudad ha vivido de «slogans» a manera de identidad como el de «Cali es Cali, lo demás es loma», o «Cali sucursal del cielo» y de una u otra manera ha aceptado coincidir con el que reza que «Cali – Rumba es la capital mundial de la salsa», esto sin embargo no ha ayudado en la construcción de una cultura urbana o a estimular un proyecto ciudadano, todo lo contrario, creo que ha ayudado a generalizar la idea de

que aquí todo va muy bien. Por ahí todavía debe estar el graffiti que apuntaba que «la ciudad se derrumba y todos de rumba».

Cali, una ciudad sin proyecto; no tiene idea para donde va, ni a que; cuando presento su POT¹¹ dijo que el «Metro» sería el gran proyecto estructurante de la ciudad, el que le daría identidad a la ciudad, el que la inscribiría como ciudad que progresa, en fin, el metro daría sentido a nuestras vidas, un metro que pasaba por donde no vivía la gente, y que solo intentaba aprovechar la vía férrea regional abandonada por el ferrocarril del pacífico. Ahora no hay metro y sobre la marcha se rediseño el proyecto a partir de un sistema de buses y con nuevas rutas.

La ciudad que había restaurado unas bodegas del ferrocarril en la calle 26 con carrera 8° para reubicar a los vendedores «ambulantes – estacionarios» y que termino a la postre sirviendo de cárcel – hace poco fue atacada- y los «vendedores ambulantes - estacionarios» se reubicaron (eufemismo para decir que una fría noche con tanquetas militarizaron el centro y con seguetas arrancaron los kioscos fijados al andén) en un sitio oscuro, sin ventilación e inseguro por donde no pasa nadie.

La ciudad que no asume su papel regional y metropolitano y sigue «planificando» como si fuera una isla, aunque crezca en Jamundí, Yumbo, Palmira o Candelaria.

En ese mismo POT que llevaron a cabo no menos de cuatro directores de Planeación Municipal en un corto período, y que explica algunas inconsistencias en procesos de participación o en la asimilación de los diagnósticos en la etapa de formulación, ese mismo documento que debería ser la brújula de la ciudad para los próximos 20 años y que en sus políticas plantea la aspiración a ser la ciudad «todera» que hace de todo y que es otra forma de no plantear un proyecto coherente para su territorio. Unas políticas que no expresan un sueño de ciudad, que no enamoran a nadie, que no convocan a sus ciudadanos. Ahora bien, no toda la culpa es del POT de reciente obligatoriedad y formulación. Allí quedan los intentos por planificar el desarrollo urbano en los frustrados ejercicios de Karl Bruner, Wienert y Sert o el Plan General de Desarrollo de 1969 o (PGD), como una muestra de la poca capacidad que ha tenido esta ciudad para hacer coincidir la ciudad posible con la deseable y de cómo ha terminado rindiéndose ante la ciudad tendencial, regida por la inercia y la espontaneidad.

Sin proyecto de ciudad es entendible que se derriben buenos edificios para tener un parqueadero, es posible que decenas de casas en un barrio residencial se conviertan de la noche a la mañana en clínicas, hospitales, centros odontológicos o que los monumentos se tiren por ahí donde hay espacio libre; que la ciudad sea un montón de piedras sin ilusión y los ciudadanos la sobrevivan.

6. Conclusiones parciales

Ahí está el reto colectivo e individual de refundar a Cali como ese «sueño atravesado por un río» como la inventara hace años el poeta Carranza o terminar en su versión esperpéntica; una aglomeración de bárbaros autistas que beben de una alcantarilla.

- Se hace necesario la revisión seria de su POT y sacar de él lo que sirva para construir con elementos nuevos y con una amplia y organizada participación ciudadana en todo el proceso y de manera permanente construir, socializar y empezar a ejecutar un proyecto de ciudad y territorio que aglutine los sueños de los ciudadanos y los convoque.
- La ciudad debe reflexionar y trabajar inmediatamente sobre su espacio público integralmente; no más obras desproporcionadas y descontextualizadas.
- Un análisis de su malla vial cruzada con la del espacio público (EP), debe plantear programas de recuperación del EP pero de vendedores ambulantes y de los carros del comercio formal o de los particulares ocupando andenes o antejardines y por supuesto replantear rutas, paraderos, intensidades y sentidos del transporte público y sacar en la medida de lo posible al vehículo privado del centro urbano.
- La ciudad no debe mirar al río Cali solamente por el verso de Carranza que normalmente por fechas de festivales de arte se menciona, debe hacerlo porque es tal vez su estructura paisajística urbana más rica y porque al lado de su cauce se fundó y creció aunque dándole la espalda hasta hoy. Cali debe hacer de su río su espina dorsal que aglutine armónicamente lo institucional cultural, administrativo, religioso, comercial y recreativo. La ciudad debe permitirse el lujo de unir los farallones con su río Cauca a través de un río Cali urbano, con amplios bulevares desde el zoológico hasta su desembocadura.
- La ciudad debe recuperar también sus otros ríos de vertiente, recuperarlos con presencia en el paisaje urbano, que traigan sus brisas y su follaje verde.
- Los cerros tutelares de la ciudad son otro baluarte que se debe recuperar y proteger; las antenas de telecomunicaciones de toda índole casi ocultan ya los monumentos a Cristo Rey y las Tres Cruces. Los ciudadanos necesitamos al salir a la calle en la mañana mirar al cielo y ver que allí está la ciudad contenida por sus cerros y más allá los Farallones de Cali son un telón maravilloso. Seguro que ayuda a andar el día.
- Un esfuerzo por proteger el patrimonio construido, la memoria.
- Los ciudadanos tenemos el deber de luchar por esta ciudad, se lo debemos a nuestros padres, a nuestros hijos y sobretodo nos lo debemos a nosotros. Hay que caminar esta ciudad, hay que volver a besar en las esquinas y abandonar el motel de carretera o la oscura discoteca, hay que tener el valor cívico de solicitarle al conductor del autobús que disminuya la velocidad, que no lleva semovientes. Podríamos ir más allá y renunciar al vehículo privado y apostar decididamente por el transporte público, por la bicicleta y por caminar un poco más.

- Hay un trabajo intenso y sostenido que hay que realizar en formación de líderes comunitarios y de fortalecimiento de las estructuras de gestión y planeamiento a escala de barrio o comuna.
- Las llamadas «fuerzas vivas» o gremios organizados tienen también un papel importante en el diseño y la ejecución de muchos programas, deben utilizar su poder político y económico para lograr consensos y no para imponer sus perspectivas.
- Se que el trabajo es arduo, se que incluso muchas circunstancias se salen de las manos de la administración local y de sus ciudadanos, los piropos ayudan pero no son suficientes para cambiar la inercia del deterioro de este lugar.
- Que no quede duda que amamos este lugar, esta ciudad en construcción y que precisamente por que la amamos nos duele, por ello he intentado mostrar aquí lo mal que está para que en lugar de salir corriendo tomemos atenta nota y levantemos la mano para decir yo estoy aquí y quiero arrimar el hombro al de todos mis conciudadanos para remediarlo.

Notas

¹ Documento escrito para el III Simposio «Pensar a Cali» Bellas Artes y Cámara de Comercio de Cali en el marco del X Festival de Arte de Cali.

² Arquitecto y urbanista. Profesor del Departamento de Geografía de la Universidad del Valle. Cali – Colombia. E-mail: pedromar69@hotmail.com

³ Italo Calvino «Las ciudades invisibles» editorial Siruela. Madrid, 1995. Pág.: 57, 58.

⁴ El País Cali. 13 julio 99. «Cali que ostenta el récord de 600 detenidos diarios las inspecciones de Policía y el CTL, ya no tuvieron espacio para los presos. Un espectáculo denigrante, los detenidos en pleno andén en un corral cual cerdos o gallinas, cercados por unas valletas y vigilados por unos pobres policías. Estos detenidos, cocinándose en ese andén, vejados y pordebajeados no son cuerpos gloriosos: deben comer, dormir y hacer sus necesidades y como éstas últimas funciones no podían realizarlas en las vacenillas que no se les dieron nunca y como no podían soportar el pestilente olor debieron ser llevados de cabestro al río Cali para que allí depositaran sus cariñitos ante la mirada estupefacta de los transeúntes. La Avenida Colombia convertida en cárcel al aire libre es el colmo de las humillaciones para esta ciudad. Y es que allí no para la cosa: se dice que algunos retenidos han recibido sus visitas conyugales dentro de estas marraneras y han hecho el amor allí mismo sobre el andén y debajo de unos periódicos (Nadie sabe para quién se escribe)».

⁵ Urbanista y profesor de la Universidad del Valle, Escuela de Arquitectura.

⁶ Formulación del POT de Cali. Centro Cultural de Cali, septiembre de 1999.

⁷ El País Cali. 12 julio 99. Por Deyanira Castro. (se habla de 80.000 nuevos habitantes allí, en 50 asentamientos subnormales en 16.000 viviendas. Estudio de Emcali)

⁸ Beaujeu Garnier, Jacqueline y Chabot, Georges. «Geografía Urbana» 1975. Edit. Vicens-vives.

⁹ El último censo adelantado a finales del año 98 por la Comisión Vida Justicia y Paz de la Arquidiócesis de Cali muestra que, en promedio, a esta ciudad entran cada día cinco familias desplazadas de otras regiones del país. Entre 1996 y 1998 llegaron 80.000 foráneos, cuyo destino final ha sido, en gran parte, los sectores de ladera. El País Cali. 12 julio 99.

¹⁰ Semana N° 953 del 7 de agosto del 2000

¹¹ Plan de Ordenamiento Territorial formulado en septiembre de 1999 inicialmente.